

Cuando á Amor hallar quiero,
Corro á su amable boca,
Y allí, allí le sorprendo.

ODA XVIII.

DE MIS CANTARES.

Las zagalas me dicen:
«¡Cómo, siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino!»
Yo voy á responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo,
Todo mi pecho, todo,
Tienen ya poseído.

ODA XIX.

EL ESPEJO.

Toma el luciente espejo,
Y en su veraz esfera
Ve, Dorila, el encanto
De tu sin par belleza;
La alba frente en contraste
Con las hermosas cejas,
Que en arco prolongadas,
Dos iris asemejan;
La gracia de tus ojos,
En cuya ardiente hoguera,
Flechando sus arpones,
Amor su trono asienta;
Su majestad afable,
Y esa languidez tierna
De su mirar, ó cuando
Rientes centellean;
Tu boca y tus mejillas,
Do espárese primavera
Sus rosas y claveles,
Derrama sus esencias;
Ese tu enhiesto cuello,
El seno, las dos pellas
Que en él, de firme nieve,
Elásticas se elevan;
Y ondulando suaves
Cuando plácida alientas,
Animarse parecen,
Y su cárcel desdeñan.
Ve el aire de tu talle,
La gracia y gentileza
Con que flexible torna,
Derecho se sustenta;
Tus perfecciones goza,
Y cariñosa al verlas,
Mis lágrimas disculpa,
Mis esperanzas premia.
¡Ay! tú al espejo puedes
Pararte, y en su escuela,
De las Gracias guiada,
Formarte muy más bella.
De cien vistosas flores
Ornar tus blondas trenzas,
Relevar con sus rizos
La frente de azucena;
Gobernar de tus ojos
Las miradas arteras,
Y fijar de sus niñas
La inocente licencia;
Adiestrar en su juego
La boca piqueñuela,
La sonrisa en sus labios
Hacer más halagüeña;
Más donosos los quiebro
De tu linda cabeza,
Tu andar aun más picante,
Tu talla más esbelta.
¡Yo, triste! Contemplarlo

DON JUAN MELENDEZ VALDES.

No puedo, sin que sienta
Doblarse mis pesares,
Más grave mi tristeza:
Ayer en él buscaba
Tu imagen, y en vez de ella,
Vi abatido mi rostro,
Mis ojos sin viveza,
Aridas las mejillas,
Mi boca sin aquella
De risas y donaires
Festiva competencia;
Doquier, en fin, marcadas
Mil dolorosas huellas
De tu rigor injusto,
De mi infeliz terneza.
Así tú en el espejo
Consultándolo encuentras
A Venus y sus Gracias;
Yo un retrato de penas.

ODA XX.

LA TORTOLILLA.

¡Oh dulce tortolilla!
No más la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
Deja el arrullo triste,
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, ni angustiada
Las otras aves huyas.
¡Qué valen ¡ay! tus quejas!
¡Acaso de la oscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
¡Le adularás con ellas!
¡O allá en la fría tumba,
Los miseros que duermen,
De lágrimas se cuidan!
¡Ay! no; que do la Parca
Los guarda con ley pura,
No alcanzan los gemidos,
Por más que el aire turban.
En vano te querellas:
¡Dó vuelas? ¡Por qué buscas
Las sombras, ¡oh infelice!
Negada á la luz pura!
¡Por qué sola, azorada,
De ti misma te asustas,
Y en tu arrullo te ahogas
En tu inmensa amargura!
Vuelve, cuitada, vuelve,
Y á llantos de viuda,
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.
Orna el hermoso cuello,
Los ojos desanubla,
Y aliña artificiosa
Las descuidadas plumas.
Verás cuál de tu pecho
Su ardor benigno muda
Los duelos y pesares
En risas y venturas.

ODA XXI.

Á LA MISMA.

¡De dó tus quejas vienen,
Sensible tortolilla!
¡El bien perdido lloras,
O en blando amor suspiras!
Amor, amor te inflama:
Tu obstinación esquiva
Cedió al fin; bien tus ojos
Incautos lo publican.
¡Cuál brillan! ¡cuán alegres
Se mueven sus pupilas!
¡Con qué ternura y gracia
Al nuevo dueño miran!
Parece que al volverse

Le dicen: «Ya las iras
Cesaron; vén y goza
Por premio mil delicias.»
El llega, y de cobarde,
Con vueltas repetidas
Te rodea, y tu lado,
Gimiendo, solicita.
Rueda y rueda, y se ufana;
Tú piando le animas;
Y él más y más sus vueltas
Estrecha y multiplica....
¡Oh tórtola dichosa!
¡Dó vuelas? ¡tus caricias
Le niegas? ¡ó así huyendo
Su ardiente amor irritas!
Ya paras; ya al arrullo
Respondes; ya lasciva
Le llamas, y á besarlo
Ya el tierno pico inclinas.
Tu espléndido plumaje
Se encrespa y al sol brilla;
Tus alas se conmueven,
Y gimes y te agitas.
¡Felices tú y tu amante,
Feliz la haya florida
Que en delicioso lecho
Con dulce paz os brinda!

ODA XXII.

Á LA ESPERANZA.

No há nada que las nubes
En alas de los vientos
Bajaban desatadas
En largos aguaceros;
Que á su soplo incesante,
Como en humo deshechos,
La noche anticipaban,
La atmósfera cubriendo.
Los campos anegados,
De horror y luto llenos,
Al alma no ofrecían
Sino tristeza y miedo;
Y el huracán furioso
Con su rápido vuelo,
Robar amenazando
Las chozas de su asiento,
Las selvas desgarraba,
Redoblando los ecos
En silbidos medrosos
El horrisono estruendo.
Mudos los pajarillos,
Del diluvio á cubierto,
Entre el fosco ramaje
Yacían sin aliento.
El cielo encapotado
De un ominoso velo,
Del mundo retiraba
Las luces del sol bello;
Y el reino de las sombras,
Y su fúnebre duelo,
Entre estrépito tanto
Se anunciaban eternos.
Cuando súbito el muro
De las nubes rompiendo,
Riquísimo en fulgores
Se ostenta el rubio Febo;
Corriendo de repente,
Cual un raudal inmenso,
Los rayos celestiales
De su alto trono al suelo.
Distipanse las nubes,
Y al nuevo sol opuesto
Despliega sus matices
El iris á lo lejos;
La esfera iluminada,
En un plácido oreo
Los vientos, ó no vuelan,
O vuelan en silencio;
Y todo es ya delicias
Y júbilo y sosiego,

Cual antes era todo
Desórden turbulento;
Celebrando las aves
Con sus dulces gorjeos
El triunfo de las luces,
La paz del universo.
Tal las lúgubres sombras
Que ora abruman mi pecho
Pasarán, y con ellas
Mis amargos desvelos.
Que de rosas orlado
Su flotante cabello,
Corre ya la esperanza
Con semblante risueño,
A colmarne, amorosa,
De inefables consuelos,
Y apagar mis temores,
Y aguijar mis deseos.
Pues cual Mayo florido
Sigue al áspero invierno,
Así en pos vuela siempre
De la pena el contento.

ODA XXIII.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

Dan tus labios de rosa,
Si los abres, bien mio,
El más sabroso néctar
Y el aroma más fino.
Dan el almo deleite
Que allá en el alto Olimpo
Gozan los inmortales
Y enajena el sentido.
El ámbar de la rosa
Al albor matutino,
Al perfume que exhalan,
No es de igualarse digno.
La suave miel que liban
Del romeral florido
Las abejas, con ellos
Causa amargor y hastio.
El sabor delicioso
Del más preciado vino
Es al labio sediento
Ménos dulce y subido;
Su acento es muy más grato
Que el amoroso trino
Del risueño, que el vuelo
Del fugaz ceñirillo.
Porque todas sus llamas,
Donaires y cariños,
Y encanto y delicias,
Amor les dió benigno,

ODA XXIV.

DEL VINO Y EL AMOR.

Con una dulce copa
Despierta mi cariño,
Si de amor en los fuegos
Dorila me ve tibio.
Y si yo desdeñosa
O cobarde la miro,
Al punto sus temores
Adormezco entre vino,
Cuyo ardor delicioso
Por los dos difundido,
A Dorila más tierna,
Y á mí vuelve más fino.
Y en sabrosos debates,
Entre risas y mimos,
Todo es brindis alegres,
Todo blandos suspiros.
Sabed pues, amadores,
Que Lico y Cupido
Hermanados se prestan
Sus llamas y delirios;
Porque el Málaga dome,
Tras el ruego benigno,

ODAS ANACREÓNTICAS.

A la bella que indécil
Se esquivare de oiros.

ODA XXV.

Á MI LIRA.

¡Dónde están, lira mia,
Los sonos delicados,
Con que un tiempo adormieras
Mis agudos quebrantos,
Endulzaste mis ocios,
Y el contento en mi labio,
Al compas de tus trinos,
Me adulara más grato?
Tú, amable compañera,
Mi delicia y regalo,
Siempre feliz pendiste
Blando honor á mi lado;
Bien al reir del alba,
Mirando el denso manto
Plegarse de las sombras,
Fugaz ante sus pasos;
Bien si glorioso Febo
Con todo su boato
Descollaba de luces
Sobre el fulgido carro;
O en la lóbrega noche,
Cuando su horror opaco
Más sublimes y graves
Me inspiraba los cantos;
Y dulce á mis amigos,
Con mimos y regalos,
Preciado de las bellas,
Y en las naciones claro,
Por sus sonos alegres
De humildes y medianos,
Cual de excelsos señores
Me gozara buscado;
Con estrépito alegre
Por sus fiestas vagando
Los tonos que benignas
Las Musas me enseñaron.
Yo, embebecido en torno
Con tu armónico canto,
Te consagré rendido
Cuanto tuve más caro:
De Pluto la riqueza,
La ambición y sus mandos,
De la corte los halagos,
Del ocio los halagos.
Siempre en tus cuerdas de oro
Mi solicita mano,
Y sólo en pes corriendo
De la gloria y tus lauros.
¡Y ya, ingrata, me olvidas,
Y pulsándote en vano,
No respondes tus trinos
A mi ardiente entusiasmo!
Vuelve, oh lira, y no ceses;
Que á tu célico canto
Desparecen las penas,
Reflorece los años.
Y vosotras, deidades
Del excelso Parnaso,
Sostened al poeta
Y alentad su desmayo.
Que él, constante en sus cultos,
Irá en su último ocaso
Hasta el Lete ominoso,
Vuestras glorias cantando;
Do Caron á escucharlas
Parará el triste barco,
Y el Cerbero trifaude
Sus aullidos insanos.

ODA XXVI.

DEL CAER DE LAS HOJAS.

¡Oh, cuál con estas hojas,
Que en sossegado vuelo

De los árboles giran,
Circulando en el viento,
Mil imágenes tristes
Hierven ora en mi pecho,
Que anublan su alegría
Y apagan mis deseos!
Símbolo fugitivo
Del mundanal contento,
Que si fósforo brilla,
Muere en humo deshecho.
No hace nada que el bosque
Florecidas cubriendo,
La vista embelesaban
Con su animado juego,
Cuando entre ellas vagando
El ceñirillo inquieto,
Sus móviles cogollos
Colmó de alegres besos,
Las dulces avecillas
Ocultas en su seno
El ánimo hechizaron
Con sus sonoros quiebro;
Y entre lascivos pasos;
Llagadas ya del fuego
Del blando amor, bullían,
De aquí y de allá corriendo,
Los más despiertos ojos
Su júbilo y el fresco
De las sombras amigas
Solicitando al sueño;
Pero el Can abrasado
Vino en alas del tiempo,
Y á su fresca verdura
Mancilló el lucimiento.
Sucedíole el otoño;
Tras del, árido el cierzo
Con su lánguida vida
Acabó en un momento;
Y en lugar de sus galas
Y del susurro tierno
Que al más leve sopillo
Vagas antes hicieron,
Hoy muertas y ateridas,
Ni aun de alfombrar el suelo
Ya valen, y la planta
Las huella con desprecio.
Así sombra mis años
Pasarán, y con ellos,
Cual las hojas fugaces,
Volará mi cabello;
Mi faz de ásperas rugas
Surcará el crudo invierno,
De flaqueza mis pasos,
De dolores mi cuerpo;
Y apagado á los gustos,
Miraré como tu puerto
De salud en mis males,
De la tumba el silencio.

ODA XXVII.

DE LAS CIENCIAS.

Aplíqueme á las ciencias,
Creyendo en sus verdades
Hallar fácil alivio
Para todos mis males.
¡Oh qué engaño tan necio!
¡Oh cuán caro me sale!
A mis versos me torno,
Y á mis juegos y bailes.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes,
Para darle otros nuevos
Y añadirle pesares.
Aténgome á mi Baco,
Que es risueño y afable;
Pues los sabios, Dorila,
Ser felices no saben.
¡Qué me importa que fijo,
Cual un bello diamante,
Esté el sol en el cielo,

Como él nazca á alumbrarme?
La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes, pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias;
Que del Danubio al Ganges,
Furioso sus banderas
El macedon llevase,
¡Qué nos hará, Dorila,
Si por mucho que pasten,
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle?
Pues si no á la justicia...
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta diosa
Me estremezo cobarde.
Los que estudian, padecen
Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.
Y qué sacan? mil dudas;
Y de éstas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.
Así pasan la vida
Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.
Dame vino, zagala;
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

ODA XXVIII.
DE DORILA.

Al prado fué por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el Mayo,
Como las Gracias linda.
Tornó llorando á casa,
Turbada y pensativa,
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida.
Pregúntanla qué tiene,
Y ella llora afligida;
Háblanla, no responde;
Ríñenla, no replica.
Pues ¿qué mal será el suyo?
Las señales indican
Que cuando fué por flores,
Perdió la que tenía.

ODA XXIX.
MIS ILUSIONES.

¡Cuán grata la memoria
Las horas fugitivas
Renueva, embelesada,
De mi niñez florida!
¡Con qué indecible encanto
Repaso aquellos dias
De aéreas esperanzas,
De olvido y paz sencilla,
En que todo á mis ojos
Riente se ofrecía,
Pura siempre y sin nieblas
Del sol la luz benigna!
Aquellos en que al lado
De la sin par Dorila,
Con la feliz llaneza
Que la igualdad inspira,
Yo de su amor naciente
Las tímidas primicias,
Y ella el mio en los trinos
Gozaba de mi lira.
No trocando, dichoso,
Mi oscuridad tranquila
Por cuanto los mortales

Con más ardor codician,
Sin los cargos y penas
Que hoy mi espíritu abisman,
Sobrando á mis deseos
Mi humilde medianta;
Yo ciego la adoraba,
Y ella por mí perdida,
Con virginal ternura
Más ciega me quería;
Siguiendo mis pisadas,
Cual dulce tortolita,
Que de su fiel consorte
Ni un punto el lado olvida.
Amor nos dió sus fuegos,
Citéres sus delicias,
Nuestra inocencia amable
Descuido y alegría.
¡Oh tiempo afortunado!
¡Oh edad de amor y risas!
¡Sabrosas ilusiones,
Que aún la razon fascinan!
Cuando alegre os recuerdo,
Piensa el alma embebida
Que la corriente sube
Del río de la vida.
Y en un grato delirio,
Por su plácida orilla,
Toda juegos y bailes,
Sin jamas concertarse,
Entre flores y sombras,
Cual un tiempo solía,
A mí aún niño me sueño,
Y á mi Dorila niña.
Y bebo y canto y rio,
Y en nueva lozanía
Los años desaparecen,
Que mi verdor marchitan.
El aire embalsamado,
Y la delicia misma
Respira alegre el seno,
Que respirar solía.
Y los dulces trasportes
Y encantos y alegrías
Que entónces me embriagaron,
La mente se imagina.
¡Feliz yo cuantas veces
Me ofreció compasiva
Las sombras mi memoria
De mis pasadas dichas!

ODA XXX.
DE LAS NAVIDADES.
A JOVINO.

Pues vienen Navidades,
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantarémos, Jovino,
Mientras que el Euro sopla
Con voces acordadas,
De Anacreon las odas;
O á par del dulce fuego,
Las fugitivas horas
Engañarémos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras;
¡Por qué, pues, con desvelos
Hacerlas aún más cortas?
Yo vi en mi primavera
Mi barba vergonzosa,
Cual el dorado vello
Que el albérrigo brota;
Y en mis cándidas sienas
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.
Yo vi al Abril florido
Que el valle alegre borda,
Y al abrasado Julio

Vi marchitar su alfombra.
Vino el óptimo Octubre,
Las uvas se sazonan,
Mas el Diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Así á la triste vida
Quitamos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¡Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja,
Y al padre Baco canta
Y á Vénus cipriota?
Cifámonos las sienas
De hiedra vividora;
Brindemos, y aunque el Euro
Combata con el Bóreas,
¡Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba, despeñado,
Su fúlgida carroza,
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa;
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza;
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas,
Cogi en la diestra mano,
Cogi la brindadora
Taza, y con sed amiga
Por tí la apuré toda.
Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furioses,
Al ver mi audacia loca;
Mas yo, tornando al punto,
Con sed aún más beoda,
Segunda vez libéla
Del néctar que la colma;
Cantando enardecido
Con lira sonora
Tu nombre y las amables
Virtudes que le adornan.

ODA XXXI.
A LAS ABEJAS.

Solicitas abejas,
No en los tendidos valles
Más revoléis inquietas
Por vuestra miel suave.
No apureis de la rosa,
Cuando el rubio sol nace,
Las perlas de que el alba
Llenó su tierno cáliz.
Ni su albor puro sienta
La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscáis azahares.
Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa, y con la nieve
De sus pechos contraste.
Mas los labios floridos
Asaltad, susurrantes,
De mi amada, y el néctar
Que destilan robadle.

Allí nardo, y aromas,
Y dulzor inefable,
Y líquido rocío
Hallaréis abundante.
Pero dad á los míos
Del feliz robo parte,
Sin que á herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante;
Que es su boca divina
Venero inagotable
De miel suave y pura,
De gracias celestiales.

ODA XXXII.

DEL VIVIR DE LAS FLORES.

¡Oh! ¡cómo, gayas flores,
En un momento os veo
Rotos ya los capullos,
Flotar libres al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbar el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos riendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo,
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desorden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde más lindas
De aquí y de allá saliendo;
Cien insectos alados
Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa, alegre, su vuelo,
Para ornaros, brillante,
Cuando os liba sus besos.
Las melifluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almibar os roban
Con solícito anhelo.
Y allá el blando Favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las bojas
Benévolo el sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos;
Y vosotras, alzando
Más lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡por qué, amables flores,
Brillais sólo un momento,
De las dichas imagen
Y á las bellas ejemplo!
O naced más temprano,
O no acabeis tan luego,
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

ODA XXXIII.
DE UN CUPIDO.

Al partir y dejarla
Medrosa de mi olvido,
Me dió para memoria
Dorila un Cupidillo,
Diciéndome: «En mi seno
Ya queda, zagal mio,
Si tu imagen la llevas,
Por señor el dios mismo.

«Ten cuenta, pues, que el tuyo
Le guarde bien, y fino,
Por él sin cesar oigas
La voz de mi cariño.
»Que aunque cruel te alejas,
Con mi anhelar te sigo,
Y en cuantos pasos dieres
Siempre estaré contigo,
»Cual tú en toda mi alma,
Que este donoso niño
Sabrá tu fe guardarme,
Tornarte mis suspiros.»
Y de marfil labrado
Dióme un Amor tan lindo,
Que viéndole aún Citéres
Creyera ser su hijo.
Vendados los ojuelos,
Luengo el cabello y rizo,
Las alitas doradas,
Y en la diestra sus tiros;
La aljaba al hombro bello
Y el arco suspendidos,
Que escarmentados temen
Los dioses del Olimpo;
Arterillo el semblante,
Cuan vivaz y festivo,
Y así como temblando
Por su nudez de frio.
Yo, solícito, al verle
Tan risueño y benigno,
Los más dulces requiebros
Inocente le digo.
Y encantado en sus gracias,
Bondadoso y sencillo,
Cual un dije precioso
Le contemplo y admiro.
Ya le tomo en mis brazos,
Ya á mis labios le aplico,
Con mi aliento le templo
Y en mi pecho le abrigo.
Mas tornando á mirarle,
Con él juego y me rio,
Y en mil besos y halagos
Las finezas repito;
Tras las cuales le vuelvo
De mi seno al asilo,
Do aún más tierno le guardo,
Más vivaz le acaricio,
Cuando súbito siento
Tan ardientes latidos,
Como cuando en el tuyo,
Dorila, me reclino.
Y qué fin? que en el hondo
Se me entró, el fermentido,
Del corazón llagado,
Para más aún adigirlo.

ODA XXXIV.
A BACO.

¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas,
De las picantes burlas,
De la amistad sencilla!
¡Honor, honor á Baco,
El dios de las provincias
Que el Málaga, el Tudela
Y el Valdepeñas crían!
El jovial franqueza,
El la igualdad inspira,
Y en fraternales lazos
Los corazones liga.
Alas al genio ofrece,
Calor á la armonía,
Y á los claros poetas
Templa acorde la lira.
Sobre los pechos tristes
Derrama la alegría,
Y enjuga nuestros lloros
Con mano compasiva.
Con su licor divino

No hay duelo ni fatiga
Que el ánimo desmayen,
Pesar que nos aflija.
En la copa saltando,
De Jove la ambrosía
Semeja, y su fragancia
La aroma más subida.
Bebido, sus ardores
Dan al flaco osadía,
Revelan mil verdades,
Acaban con mil iras,
Vuelven largo al avaro,
La esperanza subliman,
Al plebeyo hacen grande,
Y áltiveces humillan.
Cuando en triunfo glorioso
Sujetó el dios la India,
Tirso y copa las armas
Fueros de su conquista.
Al mismo amor con ellas
Avasalla, y sus viras
Más penetrantes hace,
Sus llamas más activas.
El así de Ariadna,
Exánime en la huida
De su alevé Teseo,
En Naxos triunfó un dia.
Llorar viola, y dolíose,
Y en sus labios destila
Del licor que las mesas
Del cielo regocija.
La bella, á su dón grata,
Miróle enternecida,
Luego en sus llamas arde,
Y hoy con los astros brilla.
En hombros de sus fannos
Ved cuál la copa henchida
De jerezano néctar,
Regocijado mira.
Mal hija la guirnalda,
Ya trémula la vista,
A todos á que brinden
Solícito convida.
Los silenos beodos
Forman su compañía,
Sus bulliciosas danzas
Bacanales y ninfas.
«¡Honor, gritando todos,
Al dios de las vendimias!
¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas!»

ODA XXXV.
DE MIS DESEOS.

¡Qué te pide el poeta?
Di, Apolo, ¡qué te pide,
Cuando derrama el vaso,
Cuando el himno repite?
No que le des riquezas,
Que necios le codicien,
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados signen.
No grandes posesiones,
Que abracen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe;
Ni ménos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistas.
Goce, goce en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice,
Y el mercader avaro,
Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pise,
Con perfumados vinos
A sus amigos brinde

En la esmaltada copa
Que su opulencia indique;
Que yo, en mi pobre estado,
Y en mi llaneza humilde,
Con poco estoy contento,
Pues con poco se vive.
Y así te ruego sólo
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslicen;
Sin que á ninguno tema,
Ni ajeno bien suspire,
Ni la vejez cansada
De mi lira me prive.

ODA XXXVI.

LAS AVES.

Dorila esquivá, tente,
Y esucha los suspiros
Que da la tortolilla,
Llorando á su querido.
Mira cómo en el árbol
Más seco, ronco el pico,
Sin luz el cuello hermoso,
Los ojos descuidados,
Se queda desmayada,
Y al cielo compasivo
Se vuelve, cual si diera
El último quejido.
Mírala, ya elevada,
Ya inmóvil, ya al ruido
Más leve atenta, que hace
Del viento el rauda silbo.
La muerte hirió á su esposo;
Fiel ella á su cariño,
Cierra el llagado pecho (1)
De amor al dulce alivio.
De chopo en chopo vaga,
Buscando aquellos sitios
Más lóbregos, que aumenten
Su duelo y su martirio.
¡Oh tortola infelice,
Quitada! ¡qué delirio
Te arrastra, qué aprovecha
Tan ciego desvarío!
¡Por qué con roncós ayes
Profanas el asilo
De amor, do sólo suenan
Sus delicados himnos?
¡Oh, que en tu mal te engañas!
¡Te engañas! si el oído,
Rebelde á los halagos,
Cierras del nuevo amigo.
Las otras aves mira,
¡Qué fáciles, qué vivos
Son siempre sus placeres!
¡Qué amorosos sus plios!
No buscan, no, las sombras;
El valle más florido
Sus dichas ve, y suspira (2)
Con sus alegres trinos.
Ya en una débil rama,
Al impulso benigno
Se mecen y recrean
Del vago cefirillo;
Ya la risueña fuente
Las ve en afán prolijo
Peinar sus bellas plumas
Al rayo matutino;
Ya en la yerba saltando
Y en alegre bullicio
El ánimo enajenan
Con mil juegos festivos.

(1) En la primera edición, en lugar de este verso, hay este otro:

Le llora, y cierra el pecho.

(2) En la primera edición, en vez de suspira, resuena.

¡Felices avecillas!
¡Oh, cómo yo os envidio!
¡Oh, si tan dulce suerte
Gozára el pecho mio!
Un gusto, unos placeres,
Un venturoso olvido
De lo pasado; libres
De envidias de partidos;
Ni conocéis los celos,
Ni el pundonor altivo;
Vivir y amar compone
Vuestro feliz destino.
¡Qué ejemplo, qué lecciones!
¡Serán, mi bien, contigo
Inútiles? ¡tu pecho
Será por siempre tibio!
No, Dorila; en buen hora
Siga en su duelo esquivo
La tórtola, y tú imita
Los tiernos pajarillos.

ODA XXXVII.

AL VIENTO.

Vén, plácido Favonio,
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
Vén, oh vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma primavera;
Vén ya, y entre las flores,
Que tu llegada esperan,
Ledo susurra y vaga,
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias,
Y adula mis sentidos,
Solicito con ellas;
O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu suave
De tu ala lisonjera.
Luego á mi amable lira
Más bullicioso llega,
Y mil letrillas toca,
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no; que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia, oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien, y en torno
Con rauda giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia.
Así el Abril te ría
Contino; así las tiernas
Violas, cuando pases,
Te besen halagüeñas;
Así el rocío corra
Cual lluvia por tu huella,
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan;
Y así, cuando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas.

ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¡Porque en ocio y olvido
Vivo humilde en mi aldea,
Demandais impacientes,
Y áun culpáis mi pereza!

Porque, amigos, los cargos,
Mientras son de más cuenta,
Más escollos ofrecen,
Más cuidados engendran;
Y abrumado y sumido
En zozobras y velas,
Para si nada vive
Quien, iluso, los lleva.
Blanco triste á la envidia,
Que en herirle se ceba,
Sus aciertos apoca,
Sus deslices aumenta.
Si á su sombra pudiese
Yo la odiosa carrera
Detener de los años,
Que tan rápidos vuelan;
Si una cana, una ruga
En mi frente ó cabeza
Esquivar bajo el solio
De la rígida Astrea;
A mi fe que no huiría,
De cobarde, la empresa
De trepar por sus gradas
Do más alto se asienta,
Y á mi rostro apropiando
Su genial aspereza,
De la lúgubre toga
Mis espaldas cubriera;
Mas si entonces ahogado,
Y cual ciervo en cadena,
Para el canto y la lira
Ni un instante tuviera;
Ni uno libre que darles,
Ni á mi blanda ternera,
Ni á los dulces amigos,
Ni al placer y las bellas;
Tropezando en las sombras
De embrolladas sentencias,
Que afirmandolo todo,
Nada claro presentan;
Allá vayan los cargos;
Que más gratas me suenan
Que los gritos del foro,
De Anacreon las letras,
Y mejor los avisos
De la sábia Minerva
Que las viles falsías
Que la corte alimenta;
Trasponiendo á su ocaso
Así en paz mi inocencia
Entre Baco y las Musas
Y el rapaz de Citera.

ODA XXXIX.

DEL VINO.

Todo á Baco, Dorila,
Todo oficioso sirve:
La tierra generosa
Le sustenta las vides,
El agua se las riega
Con sus linfas sutiles,
Y el céfiro templado
Se las bulle apacible.
Luego el sol le sazona
Los racimos felices,
Que ya el néctar encierran
Que hoy, saltando, nos ríe,
Y en los hondos toneles
Bien hervido recibe
El color y el aroma,
Que á oro y ámbar compiten.
El néctar que nos salva
De los desvelos tristes
Con que negra la suerte
Nuestro espíritu aflige.
Y en el labio y los ojos
Tal encanto perciben,
Que ansiosos de gozarlo,
Cautivos se le rinden.
No, pues, necia, los tuyos

De la copa retires,
Delicia de los hombres,
Honor de los festines;
O si por ambos bebo,
No áun más necia te irrites;
Que hasta el amor se alegra
Con los sabrosos brándis.

ODA XL.

DE MI VIDA EN LA ALDEA.

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,
Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
Alegre me parece
Que soy un hombre nuevo,
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.
Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mi vagan
Con perezooso vuelo.
Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros
Y el descuidado sueño.
Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.
Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo
Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.
Me agrada, cuando brillan
Sobre el zenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque más espeso.
Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solicito siguiendo;
O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos más atentos;
Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.
Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio,
Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.
El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.
Pondero sus consejos,
Recojo sus proverbios,
Sus dudas y disputas,
Cual árbitro, sentencio.
Mis votos se celebran,
Todos hablan á un tiempo;
La igualdad inocente
Ríe en todos los pechos.
Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso,
Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas, que se cruzan,
Del vino más añejo.
Así mis faustos días,
De paz y dicha llenos,

Al gusto que los mide
Semejan un momento.

ODA XLI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran,
Y tres besos divinos
Dar promete Dione
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en dónde
Se esconde el fugitivo.
¡Daréle yo á Cítères,
Le dejaré en su asilo,
Allí me vuelve el premio
De besos ofrecidos?
Tres de aquel néctar llenos,
Con que á su Adónis quiso
Comunicar un día
Las glorias del Olimpo.
¡Ay! tú, á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame dame uno solo,
Y tómale, bien mio.

ODA XLII.

EL ABANICO.

¡Con qué indecible gracia,
Tan vana como fácil,
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!
¡Con qué de movimientos
Has logrado apropiarle
A los juegos que enseña
De embelesar el arte!
Esta invencion sencilla
Para agitar el aire,
Da, abriéndose, á tu mano
Bellísima el realce
De que sus largos dedos,
Plegándose suaves,
Con el mórbido brazo
Felizmente contrasten.
Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentando cuando al viento
Sobre tu rostro atraes,
Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates
Parece que tu seno
Relevas palpitante;
Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imágen.
De tus pechos entonces,
En la calma en que yacen,
Medir los ojos pueden
El ámbito agradable.
Cuando con él intentas
La risita ocultarme
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,
Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Revela los quilates;
Me incitas, cuidadoso,
A ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.
Si el rostro, ruborosa,
Te cubres por mostrarme

Que en tu pecho, áun sencillo,
Pudor y amor combaten,
Al ardor que me agita
Nuevo pábulo añades
Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos,
Con gracioso donaire,
Con él dándome, dices:
«¿De qué tiembles, cobarde?
»No es mi pecho tan crudo,
Que no pueda apiadarse,
Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante,
»Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme;
Que la roca más dura
Con teson se deshace.»
Al suelo, distraida,
Jugando se te cae,
Y es porque cien rendidos
Se inquietan por alzarle.
Tú, festiva, lo ríes,
Y una mirada amable
Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases
Al fugaz cefirillo
A tu seno anhelante,
En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,
Con rauda movimiento
Lo cierras y lo abres;
Mas súbito rendida,
Batiéndolo incesante,
Me indicas, sin decirlo,
Las llamas que en tí arden.
Una vez que en tu seno
Maldiciosa lo entraste,
Yo, suspirando, dije:
«¡Allí quisiera hallarme!»
Y otra vez ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste
No sé qué, misteriosa,
Poniéndolo delante,
Lloréme ya perdido,
Creyéndote mudable,
Y ardiéndoseme el pecho
Con celos infernales.
Si quieres con alguno
Hacer la inexorable,
Le dice tu abanico:
«No más, necio, me canses.»
El á un tiempo te sirve
De que alejes y llames,
Favorable acaricies,
Y enojada amenaces.
Cerrado en tu alba mano,
Cetro es de amor brillante,
Ante el cual todos rinden
Gustoso vasallaje;
O bien pliega en tu seno
Con gracia inimitable
La mantilla, que tanto
Lucir hace tu falle.
A la frente lo subes,
A que artero señale
Los rizos que á su nieve
Dan un grato realce.
Lo bajas á los ojos,
Y en su denso celaje
Se eclipsan un momento
Sus llamas centellantes;
Porque logren lumbrosos,
De súbito al mostrarse,
Su triunfo más seguro,
Y como el rayo abrasen.
¡Ah, quién su ardor entonces
Resista, y qué de amantes,
Burlándose, embebecen
Sus niñas celestiales!